

Con la lectura de esta obra saltan inmediatamente a la vista dos cualidades que pocas veces encontramos en la novela boliviana anterior a 1950: el aprovechamiento de las recientes técnicas de la ficción hispanoamericana y la creación de personajes bien caracterizados. Mario Vargas Llosa ya había alabado en esta obra boliviana el "buen uso de la técnica de cruces de planos temporales y de la narración simultánea". En cuanto al problema de los personajes, éste fue siempre un punto débil de la narrativa boliviana. Solamente en *Wayra*, la enérgica mestiza de *Yanakuna*, de Jesús Lara, tuvimos un carácter vigoroso y bien delineado, que sobresalía sobre el personaje-masa típico de la novela social boliviana de antes de 1950. Pero ahora Renato Prada nos entrega en su novela varios a la vez. Uno de ellos es el Loro, el inolvidable soldadito locuaz, ocurrente y vividor. El humor de las circunstancias en que se desenvuelve el Loro, y unido esto al tono ligeramente burlón del habla de algunos soldados, sirve de feliz contrapunto al carácter mesurado y a veces solemne de los guerrilleros y, en general, de la novela misma.

¿Quiénes, de todos sus personajes, son los que pudiéramos llamar los fundadores del alba? Quienes intentan echar los cimientos para una aurora de justicia social no la verán nacer. "Nada quedará del pasado ni de nosotros mismos en lo que levantemos" dice uno de los guerrilleros, el Chaqueño (p. 74). En realidad, quienes funden el alba de redención serán aquéllos, amigos y enemigos, que adopten el ideal de la caridad hacia el hombre. Uno de tales es el soldado que permite escapar a Laura. Otro, el que se dirige al cadáver de un guerrillero con dos simples palabras: "Pobre hermanito". El hijo de Javier y de Laura verá un alba, fertilizada por los ideales, las luchas, la sangre y el perdón de los guerreros de hoy. Como en *Cry, the beloved country*, y como en otras grandes novelas de conflictos humanos, no hay odio en ésta. Su mismo desenlace de angustia y de agonía lleva en sí un mensaje de esperanza.

Los fundadores del alba, por la calidad de los premios recibidos, por la sencilla belleza de su trama y por la habilidad de su estructura, tendrá que dejar inevitablemente su sello en la novela boliviana. Acaso llegue a tener sobre ella la misma influencia decisiva que *Raza de bronce* ha tenido por casi medio siglo.

EVELIO ECHEVARRÍA

Colorado State University

AZUELA, MARIANO, *Epistolario y archivo*. Notas y apéndices de Beatrice Berler. México: Centro de Estudios Literarios, UNAM, 1969.

Todos los interesados en la obra narrativa de Mariano Azuela esperábamos con impaciencia la publicación de este *Epistolario*, del cual ya se tenían noticias. El material aquí recogido es de interés y sin duda valioso para la mejor comprensión de la vida y la obra del autor de *Los de abajo*. El libro lleva un corto prefacio del crítico José María González de Mendoza (fallecido en 1967), un preludio de la señora Berler, entusiasta admiradora de Azuela, y un útil índice

de nombres. El material recogido va en tres partes: Correspondencia, Archivo y Apéndices. La correspondencia relativa a la repercusión de *Los de abajo* en España, compuesta en su totalidad de cartas de Gregorio Ortega a Azuela (escritas entre 1926 y 1929), aparece, incomprensiblemente, en la segunda parte y lleva notas de la investigadora Eulalia Sacristán de Ruiz. En los apéndices se incluyen 10 reseñas y notas tempranas de algunas novelas de Azuela. Las de González Martínez (sobre *María Luisa* y *Los fracasados*) son raras y valiosas. Otras, más accesibles, tienen escaso valor. Nos sorprende la nota en la página 260, donde se dice: "No hemos podido obtener copia de esta revista [*El Cojo Ilustrado*] ni en México ni en los Estados Unidos". Decimos "nos sorprende" porque la Biblioteca de la Universidad de Illinois tiene una colección completa de esta importante revista venezolana que está a la disposición de los investigadores. De interés también es la nota de Monterde sobre *Los de abajo*, no por rara sino por ser la primera sobre la famosa novela, que había de ser "descubierta" cuatro años más tarde. Hubiera sido de interés reproducir aquí la nota que José Carlos Mariátegui publicó en la revista *Amauta* en febrero de 1928 (III, 12) sobre la misma obra. Y en verdad, podría publicarse un tomo entero sobre la crítica en torno a las obras de Azuela recogiendo las notas y reseñas que han aparecido en revistas y periódicos poco accesibles.

La organización de este libro deja algo que desear. No nos explicamos por qué la segunda parte, que se titula "Archivo" contiene 70 cartas dirigidas a Azuela. Esto se justificaría si la primera parte, "Epistolario", sólo contuviera cartas de Azuela. Pero no es así. Lo mismo ocurre con la tercera parte, los "Apéndices", donde encontramos 68 cartas, 37 de las cuales son de Azuela. Hubiera sido más útil si toda la correspondencia hubiera sido agrupada en la primera parte, reservando la segunda para las invitaciones, notas, entrevistas, etc., y la tercera para la crítica y el autógrafo inédito. Además, nos parece que habría sido mejor si todas las cartas hubieran sido colocadas de acuerdo con su fecha, sin tratar de separarlas en grupos según el corresponsal. Esto nos daría una mejor idea del proceso evolutivo del pensamiento del novelista. Por ejemplo, en la carta del 4 de marzo de 1930 que Azuela escribió a su traductor Munguía le dice que piensa contestar una carta de Anita Brenner en ciertos términos (p. 169). Esa carta de Brenner se encuentra más adelante (pp. 181-182) y la respuesta de Azuela en las páginas 182-183. Pero el lector no lo sabe. ¿No hubiera sido mejor poner todas estas cartas juntas, según la fecha?

De las 350 cartas incluidas (sin contar una que otra en las Notas) sólo 159 (45%) son de Azuela. De éstas, 20 son cartas íntimas, casi todas ellas escritas a su tío y padrino José María entre 1898 y 1903. Muy poco es lo que se dice que no supiéramos ya. Las de 1903, desde la ciudad de México, revelan que Azuela, después de cuatro años de ser médico, no tenía dinero ni para comprar los aparatos que necesitaba en su profesión. La carta del Dr. Agustín Rivera a Azuela, que debe de haber sido escrita en Lagos de Moreno y no en la ciudad de México (p. 22) es interesante por el consejo, que Azuela siguió al pie de la letra: "Me dice Antonio [Moreno y Ovando?] que se va usted a establecer en esa capital poniendo un consultorio y reciba usted por ello mis más cordiales plácemes, deseando que ya no vuelva usted a meterse en la política de lo que no

tenía usted necesidad". Esta parte de la correspondencia nos deja la impresión de que las cartas íntimas más importantes no han sido incluidas.

La correspondencia con Alfonso Reyes (12 cartas) gira en torno de la traducción de *Los de abajo* al yugoslavo (y no al checo, como dice Reyes) Por Zorán Ninitch. Las 12 cartas que Azuela cruzó con el escritor norteamericano Waldo Frank tratan de la traducción de *Mala yerba* al inglés; las 25 con M. P. González, sobre las novelas de Azuela y el libro sobre la novela mexicana del crítico cubano. Entre estas cartas hay una (18 de octubre de 1951, pp. 57-58) que Azuela publicó en la revista de la *Universidad de México* con importantes variantes que hubiera sido útil anotar. Las 52 cartas cruzadas entre Azuela y José María González de Mendoza tratan de la traducción de *Los de abajo* al francés; las 31 con los profesores norteamericanos Englekirk y Kiddle sobre la edición escolar de la misma novela y las 30 con Enrique Munguía Jr. sobre su traducción al inglés. En el capítulo IX de esta primera parte se reproducen también 27 cartas entre Azuela y Francisco Monterde, Anita Brenner (traductora de *Mala yerba* al inglés), Alejandro Quijano, Bernardo Ortiz de Montellano, Mathilde de Pomès (traductora de *Mala yerba* al francés), Andrés Iduarte y Octavio Véjar Vázquez.

En la segunda parte del libro encontramos 15 cartas entre Azuela y Gregorio Ortega, quien se encontraba en Madrid en 1926; 15 entre Azuela y dos amigos de Lagos (José Becerra y Francisco González León), ambos poetas. Entre las 40 "Cartas de varias personas" se encuentra alguna de José María Benítez, Rafael López, Vasconcelos, González Martínez, Iduarte, Torres Róseco y Cipriano Campos Alatorre. La de éste es una de las más interesantes.

En los "Apéndices", además de las crónicas periodísticas sobre Azuela aparecen 68 cartas de amigos, profesores, escritores y admiradores. La del escritor péruano Alberto Hidalgo es digna de figurar en la tercera parte de *Rayuela*. En ella le propone a Azuela la venta, en \$5.00, de uno de sus libros. "En caso —dice— de hallarse usted demasiado pobre, se sirva manifestármelo para remitirle gratuitamente un ejemplar, sin pérdida de tiempo". Además, le dice que en su libro, de 400 páginas, "quedan ofendidos los más caros sentimientos de los imbéciles que pueblan el mundo en proporción no inferior al 90%, como usted sabe". Además, en el libro se hacen revelaciones de la mala vida literaria y enjuiciamientos de muchos escritores "acaso de usted mismo", y el "libelo más admirable, por su belleza y su atrocidad, que se haya escrito jamás en idioma castellano" (pp. 275-276). No menos interesante es la carta de un carnicero londinense que lee *Los de abajo* cuando menos una vez por año, pues la considera, dice, "the greatest novel of this century" (p. 241).

La edición de este *Epistolario* es limpia, como todas las del Centro de Estudios Literarios. Muy pocas son las erratas que hemos encontrado y que enumeramos con el único propósito de que sean corregidas cuando se publique la segunda edición; erratas que, por lo demás, no disminuyen el valor del libro, libro que debemos a la infatigable labor de la señora Berler. La carta del P. Rivera, como hemos observado, debe de decir Lagos, no México (p. 22); el artículo de Ernesto Montenegro sobre *Los de abajo* en el *Herald Tribune* de Nueva York es de 1928, no 1929 (p. 176, n. 77); el nombre correcto del personaje del cuento "Hombre masa" es Tocho, no Focho (p. 219); la edición de *The Underdogs* que leyó en inglés el carnicero londinense es más lógico que haya sido la que publicó

Jonathan Cape en Londres en 1930 y no la de Nueva York de Brentano (p. 239, n. 61); la página 263 que se cita en la nota 6 de la página 265 debe de ser página 161; en el Índice, donde dice "Dos poetas y un método" debe de decir "Dos poetas y un médico" (p. 323). Hubiera sido interesante investigar a qué obra suya se refiere Azuela cuando dice que en 1927, en un solo volumen, publicó *Los de abajo*, *Las moscas* y *Necrófagos*. La edición de *Los de abajo* de 1927 es la que publicó Manuel Maples Arce en Jalapa en la colección "Biblioteca Popular". De *Las moscas* no conocemos ninguna edición de 1927 y la obra *Necrófagos* nos es desconocida.

En conclusión se podría decir que este *Epistolario* nos revela más acerca de las personas que escribían a Azuela que del propio Azuela. La impresión que deja el libro es que Azuela siempre tuvo mala suerte con los editores y que casi siempre estuvo en lucha con los traductores. Las cartas más valiosas, en cuanto a la obra narrativa de Azuela, son aquellas que nos ayudan a documentar las traducciones y varias ediciones de *Los de abajo*. Pero de Azuela, el hombre que luchó, sufrió, y forjó una nueva novela mexicana, muy poco o casi nada de nuevo.

LUIS LEAL

University of Illinois,
Urbana

IVAN A. SCHULMAN y MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. *Martí, Darío y el Modernismo*. Prólogo de Cintio Vitier. Madrid: Editorial Gredos, 1969.

Los nombres de dos prestigiosos investigadores de la vida y obra martianas —maestro y discípulo, además— se unen en este libro que es algo así como la culminación de una campaña justiciera: la de entronizar a José Martí en el sitio que le corresponde en el historial modernista. Campaña en que, por otra parte, los autores, individualmente, han comprometido su tarea crítica por muchos años, sin lograr uniforme eco rectificatorio; son numerosos los autores que continúan en el empeñamiento de enmarcar el fenómeno modernista en *dos fechas darianas*: el año de publicación de *Azul*... (1888) y el de la muerte del ilustre nicaragüense (1916). La desfiguración a que este capricho conduce es fácilmente discernible: el modernismo queda limitado a la cronología de uno de sus adalides y cobra la dimensión de una estética personal. Todo ello significa ignorar e ir contra una corriente de rectificación que data —por lo menos— de quince años y que se ampara en cronología cierta y comprobable: las fechas de *Ismaelillo* (1882), *Amistad funesta*,¹ y el año de comienzo de la fecunda colaboración martiana en *La Nación* de Buenos Aires, colaboración que cubre todo un decenio (1882-1892) de proyecciones fundamentales en el ámbito de la estética moder-

¹ El Profesor Manuel Pedro González ha publicado, con la misma fecha del libro que comentamos, una pulcra edición de *Amistad funesta* (Madrid: Gredos). Ha preferido el título *Lucía Jerez*, propuesto por el propio Martí.